



ID: 1468862 - *Entrevista, Fernando Fernán Gómez.* El País . 2/4/1990.



**E**l acceso a la casa está adornado por un arco de jazmines amarillos y tempranos. "Son tempranos, pero falsos", dice él; "les falta la principal virtud, el olor. Claro que por eso se llaman falsos". Vive rodeado de un amplio jardín del que intentó ocuparse sin ningún éxito. "Es que no me entiendo con el jardinero, no comprendo lo que me dice. La verdad es que nunca me he entendido con los obreros". Como se ve, dice cosas chocantes que pocos confesarían. Es una de las peculiaridades de su carácter: junto a la ironía, el gusto por la paradoja y el sentido del humor. Este pelirrojo de 65 años continúa siendo un lujo. Pero este elogio, que muchos confirmarían, no le importa mucho a Fernán-Gómez. Ha logrado casi todas las alabanzas como actor, como director de películas y como escritor. Todo esto, que podría considerarse como un mullido colchón sobre el que descansar cuando uno ha cubierto la mayor parte de la vida, no es suficiente para este combatiente. Recurre a su sueño más infantil: ser tan rico, tan rico, como para dejar de trabajar, lo que no tiene nada que ver con la jubilación. Ese sueño que en tiempos tenía como referencia al conde de Romanones y que hoy tiene una versión actualizada: "Esos árabes que viven en Marbella".

—Dedica usted muchas páginas de su autobiografía a preguntarse si debía escribirla o no. Es como si tratara de justificarse ante los lectores, ante sí mismo.

—Desde que tenía más o menos 30 años pensé que podía ser interesante para unos determinados lectores que yo escribiera mi vida. Pensaba entonces que terminaría haciéndolo a los 50 años. Era por creer que a esa edad podría explicar cómo es la vida de un triunfador, de una persona de éxito en la rama del espectáculo. Existían numerosos ejemplos de autobiografías, todas ellas de triunfadores, como es lógico, y yo, a los 30, pensaba que, pasados unos años, podría interesar a los lectores por lo que yo creo que les interesa de las autobiografías: saber de qué medio se ha valido el autor o en qué medida le ha ayudado el azar para alcanzar ese éxito que casi todo el mundo sueña. Lo que ocurre es que yo, en vez de escribir mis memorias a los 50, lo fui prolongando por esa duda que tú señalas, por la inseguridad. Porque tenía la duda de si yo era o no una persona de éxito y si, por tanto, mi biografía tendría interés.

—Después de escribir el libro,

## ENTREVISTA

ahora, ¿ha descubierto si es un triunfador?

—En el momento que hacemos esta entrevista estoy en el paro, el más largo desde que empecé a trabajar en el cine, en el año 1943. Tuve otro paréntesis más largo, pero porque decidí pasar un año sin trabajar; estaba cansado de que en todas las películas los personajes se parecieran demasiado entre sí. El paro actual es ya de 11 meses, menos dos días de trabajo que he tenido en medio. Y al mismo tiempo me acaba de llegar la noticia de que el proyecto inmediato de trabajo que tenía, una serie para TVE sobre la vida de doña Juana la Loca, es muy posible que no se haga. De modo que ahora, por el momento, no me puedo considerar un hombre de éxito. Pero, claro, la duda me viene porque tampoco me puedo considerar un fracasado. Podría haber muchos que dijeran: pero, bueno, si este señor es un fracasado, ¿qué somos nosotros? Así sucede que al cabo de tantísimos años de trabajo me encuentro como al principio. Y tampoco me ha servido para aclararme el haber escrito este libro. Mi duda es la misma de mucha gente bien colocada de mi profesión.

—A esta forma de vivir en la inseguridad, ¿se acostumbra uno o produce ciertos efectos nocivos que se pueden citar?

—Da mucha emoción a la vida. Esta duda que manifiesto en el libro, si seré o no seré un triunfador, y que es lo que creo que da interés al libro, pienso que es la misma emoción que le da a la vida, aunque en muchas circunstancias sea para mal. A mí siempre me ha preocupado una situación en la que nunca he estado. Siempre me ha apetecido el lujo y no he conseguido tenerlo. Pero no lo que la gente llama un confort, un bienestar; me refiero a lo que tienen los árabes de Marbella. Si yo hubiera tenido una gran cantidad de dinero, 2.000 millones, que es lo que leo que ahora tiene mucha gente, pues hubiera sabido que cualquier cosa que hubiera querido hacer me estaba permitida. Como representar una determinada obra de teatro porque era un actor con 2.000 millones de pesetas, o hacer una

película o dos, o marcharme a Hollywood a rodarla. Pero creo que en casi todas las cosas que uno hace, uno de los motores es el económico, y, claro, en ese caso ese motor dejaría de funcionar. Me parece que ese éxito económico que muchos actores extranjeros consiguen en el cine es el que les lleva a apartarse del teatro. ¿Para qué van a arriesgarse? En este mismo sentido, hay géneros de vida que no puedo comprender.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—La vida de los toreros cuando ya son riquísimos. Cuando pasan de ricos a inversionistas, a casi banqueros. A mí me extraña que un señor así se vista de esa manera. No digo que siga pasando peli-gro delante del toro, por supuesto. Pero que un señor con dinero en Suiza y fincas que traspasan la frontera de Portugal se vista así es que no lo entiendo.

—Entonces, si en algún momento de su carrera usted se hubiera hecho riquísimo, ¿hubiera dejado de trabajar?

—Sí, me parece que sí. Tengo bastante capacidad para no hacer nada. Los días que estoy sin hacer nada se me pasan las horas volando. Me entretienen cosas muy nimias, como ahora, paseando por el jardín. Y en otras épocas me pasaba la vida de café en café. Iba a tres cafés por la tarde y ya llegaba la hora de ir al cabaré después de cenar. Además, la vocación de actor la tengo satisfechísima.

—¿Ya no le divierte?

—Casi nunca ha ocurrido. Si una obra se ha representado 100 veces, por ejemplo, puedo haber gozado en ocho. El goce que se experimenta, un poco mágico, un poco misterioso, cuando uno logra identificarse mucho con ese personaje ajeno a uno y uno nota como que ese personaje le invade y pasa uno a ser otro, eso se da escasísimas veces.

—Esta falta de posibilidad de crear que le reprocha a la interpretación, ¿se logra más en el trabajo de dirección o en la escritura, que son los otros oficios que ejerce?

—El trabajo de escritor es más libre porque no está supeditado al público, al menos no está ahí mientras trabajas. Eso que un amigo mío llamaba el monstruo de seis cabezas, porque un monstruo de mil cabezas es lo bueno, lo deseable. Lo malo es que sólo tenga seis. Un pintor tampoco sufre el fracaso aunque se dé. Sufre, en todo caso, la indiferencia. El que pinta, el que escribe, está haciendo siempre el primer papel.

—En su libro, usted se queja de la falta de reconoci-/PASA A PÁG. 35

**V**i pronto que el sentimiento que yo tenía hacia mis amantes era el mismo que tenía hacia mis amigos. Lo único que notaba era que, además, a ellas me gustaba tocarlas y a los amigos no

VIENE DE PÁG. 33/miento hacia el trabajo de los cómicos. Pero al mismo tiempo se nota un cierto menosprecio hacia esa profesión que es la suya, una relación de amor-odio.

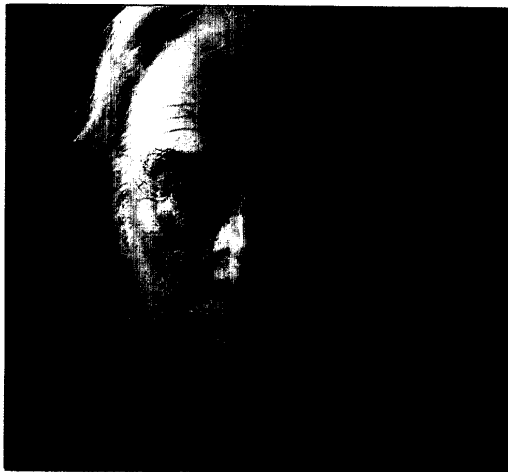
—El desprecio que la sociedad, o parte de ella, siente o ha sentido por los cómicos sólo me ha hecho sufrir corporativamente. Me parece que el modo de vivir de los actores, y me refiero también al aspecto moral, es mejor que el modo de vivir del resto de la sociedad. No sólo porque sea más divertido y más agradable, por tener los goces elementales más al alcance de la mano. Es que también me parece más moral, en el sentido de que este modo de vivir se corresponde más con los deseos del común de los mortales, que la cantidad de hipocresía es menor de la que hay en el resto de la sociedad. Creo que hay muy pocos actores que quieran estar integrados en el resto de la sociedad, pero, en cambio, si les molesta sentirse tan despreciados.

—Pero ¿este desprecio no es tal vez una vieja leyenda ya superada más que una realidad actual?

—Hace como ocho años, cuando el Ritz cambió de propietarios, se cambió una norma que hasta ese momento había prohibido alojarse allí a los actores. Rita Hayworth no pudo alojarse allí, y sólo en una segunda estancia lo logró, cuando ya era la mujer de Ali Khan. Para lograr que se alojara James Stewart, la Embajada de Estados Unidos tuvo que enviar al hotel un certificado de que había sido comandante del Ejército de su país.

—Dígame qué ha descubierto sobre sí mismo al escribir las memorias.

—Ha habido un momento en que creí haber descubierto algo. Como he escrito el libro recurriendo a mucha documentación, de pronto empecé a descubrir cosas insólitas que había hecho y no recordaba en absoluto. Como ir a fiestas determinadas, conocer a gente que no recordaba haber conocido. Por eso pensé al principio que ese recordatorio me iba a servir para descubrir algunas facetas nuevas de mi personalidad, de mi carácter. Pero no ha sido verdad, no ha servido para nada de eso. Sí, en cambio, ha logrado despertar mi curiosidad hacia épocas de mi vida que son un verdadero paréntesis. De pronto hay un par de años de los que no recuerdo nada. Y me apetece, por ejemplo, saber quién era mi sastre en ese momento. Es totalmente cierto que al bucear en esa documentación he ido de sorpresa en sorpresa y que es



un ejercicio que he encontrado muy divertido.

—Después de pasar revista a toda su vida, ¿se ha gustado usted?

—En mi caso, el juicio moral de cómo pueda ser yo no es un juicio, es un prejuicio. Yo me imagino que estoy muy bien porque a lo largo de mi vida me voy a comportar de una manera que es la buena. Pero al estudiarlo ahora, hacia atrás, no he encontrado una certificación de que haya sido así. La bondad o la nobleza son un proyecto, nada más que eso. Claro que un proyecto lo tiene casi todo el mundo, incluso las personas muy malvadas, que deben serlo porque ellas creen que la maldad es lo que se merece la sociedad y se trazan ese proyecto desde el principio.

—En su libro se echa de menos el relato de sus aventuras amorosas.

—De los modelos de autobiografía que leí antes de escribir la mía, me decidí por aquel modelo que elude explicar la vida sentimental, término con el que estoy en completo desacuerdo.

—¿Cómo lo llama usted?

—Relaciones táctiles. Es que se llama vida sentimental a esa relación que, además de ser sentimental, consiste en que dos personas se tocan. Pero las relaciones que tenemos, todas, son sentimentales. Se dice que fulano y zutana tienen relaciones sentimentales, pero yo tengo relaciones sentimentales con

**S**iempre he tenido una gran tendencia a la promiscuidad en las relaciones táctiles, y lo he conseguido en contadísimas ocasiones. Me parece muy bien y muy sano que a ti te toque la chica de otro, y viceversa

todos mis amigos. Y con mis enemigos, no digamos.

—Tampoco le gusta decir relaciones amorosas.

—Tampoco. Ésas son las que se tienen con el padre, con el hijo, con Dios, con todos los hombres. A lo único que no obliga el cristianismo es a tener relaciones táctiles con todo el mundo. Y lo único que diferencia esas relaciones que ahora se llaman sentimentales es eso. Elegí ese modelo, no contar las relaciones táctiles, porque siempre he tenido un enorme pudor a hablar de esas cosas, aunque siempre me han interesado mucho. Era muy joven cuando pensé (porque me cuesta mucho diferenciar la amistad del amor y siempre he tenido pocos amigos, pero con una amistad muy intensa) que el sentimiento que yo tenía hacia mis amantes era el mismo que tenía hacia mis amigos. Lo único que notaba era que, además, a estas amantes me gustaba tocarlas y a los amigos no. Es más, nunca me ha gustado ese tipo de amistad un poco deportiva en que uno se te echa encima y te toca. Siempre he tenido la idea de que eso que se llama amor sexual, no el amor filial ni el amor cristiano, consistía en la amistad más el tacto. Porque no creo que sea una amistad excesiva lo que te lleva a tocar a tu amante, sino que, por un fenómeno raro que se relaciona con la estética, el ser que produce la belleza es un ser vivo y te dan ganas de tocarle, mientras que si se trata de una pintura o una escultura, esa belleza no provoca esa necesidad. A mí no me apetece nada meter las manos en el cuadro de *Las lanzas*.

—Dice que le producía una sensación de soledad terrible que la más guapa de la clase, la que le gustaba, se fuese con otro.

—Con Emilio, se llamaba Emilio.

—Ese episodio lo tiene muy vivo en la memoria.

—Recuerdo muchas cosas de mi infancia. Y siempre he estado muy orgulloso de ello, porque creía que era una especie de condición superior el tener muy presente la infancia, no haberse desligado de ella. Que estos recuerdos fueran muchos y muy vivos siempre me ha parecido muy sano. Hasta que he leído que es una neurosis y me he quedado relativamente espantado. Lo que yo creía que era saludable, que durante el día te vengan imágenes infantiles, eso que yo decía: de eso se trata, pues resulta que se llama neurosis de abandono y que la tienen las personas que se criaron solas, sin padres, los que fueron/PASA A PÁG. 37

VIENE DE PÁG. 35/abandonados o que en algún momento de su vida tuvieron este sentimiento.

—Y usted ha pensado que le sucede porque creció sin padre.

—Claro, en cuanto leí el librito. Luego, encima, en el segundo capítulo dice: "El afán de lucro se da en todas las personas que fueron niños abandonados". Yo había pensado que era un sentimiento muy común en todo el mundo y que yo lo confesaba porque no era un hipócrita, mientras que los demás decían desear un ascenso en la oficina para dar una carrera a sus hijos, para vivir con cierta decencia, pero no era cierto. Yo pensaba: sí, lo que quieren es tener caviar y unas cortinas de seda porque a todo el mundo le gusta el lujo. Y de pronto leo en ese librito que esa preocupación, que a uno le guste permanentemente el lujo, es uno de los componentes del síndrome de abandono.

—Cuando era niño, delante de su madre y de su abuela, usted simulaba no enterarse de que no tenía padre.

—Eso que se dice de que los niños de ahora son más listos que los de antes no se debe referir a los niños de mi época. Los niños que yo conocí eran listísimos. Yo no he conocido casi ningún niño que se creyera lo de los Reyes Magos, pero todos mis amigos simulaban creerlo. Creo que yo hacía el mismo juego con el asunto de mi padre. Mi madre y mi abuela se esforzaban porque me pareciera natural el hecho de no tener padre, y yo me esforzaba en que ellas no se dieran cuenta de que yo ya me daba cuenta de que aquello no era normal.

—Al margen de que haya descubierto ahora que tiene los síntomas del niño abandonado, ¿ese hecho le hizo sufrir en la infancia?

—Únicamente me causaba algún dolor esta circunstancia cuando los demás (nunca con mala intención, desde luego) me lo hacían notar.

—A propósito de sus enamoramientos adolescentes, usted dice: "A mí siempre me ha gustado la más guapa de la clase, en eso he sido muy vulgar".

—Es verdad. Por mi profesión estoy acostumbrado a clasificar a las mujeres por su belleza. Porque, salvo en casos muy excepcionales, suele ser la más bella la que hace el papel principal en el cine y en el teatro. Y no por culpa de los actores: por los escritores, porque casi todas las obras tratan de lo que le sucede a la más bella. Cuando tenía 13 años e iba al cine, y había cinco actrices, a mí no me gustaba la tercera por orden de belleza.

## ENTREVISTA

Viendo una película de Rita Hayworth, ella era la que más me gustaba, no la empleada de la tienda.

—¿No es eso lo que les sucede a todos?

—No creas. Cuando íbamos por la noche a los cabarés y yo decía: "Vamos a tal sitio, que allí trabaja fulanita" (que era siempre la que más plumas sacaba, la diosa, la más guapa), siempre había un amigo que decía: "A mí me gustan las pulguitas". Y era verdad. Buscaba por allí la que fuera más menuda, la más poca cosa, la más negrita. Y esto sí que es extraordinario. Y por eso digo que, respecto a mujeres, mi gusto es muy vulgar.

—¿Cómo se las ingenió para que al llegar a la edad adulta ya no le quitara un amigo la más guapa?

—No era un amigo y luego otro; era siempre el mismo, un compañero de bachillerato. Pero, mira, de las mujeres que he conocido, he podido llevarme a lo mejor cuatro que eran las más guapas, pero hay otras 63 que también eran las más guapas en aquel tiempo y que no han querido de ninguna manera, ni con súplicas ni con amenazas.

—Se le ha tenido siempre por un hombre muy seductor y se ha dicho que su éxito se explica por la brillantez de su conversación, por su inteligencia. Parece verosímil, porque, seguramente, con la edad no se volvió más guapo.

—Al revés. A los 14 años era más guapo; de los 14 a los 15, ya lo dijo la criada: "¿Cómo se ha estropeado este chico!". Y eso fue para siempre. Pero vosotras, las mujeres, sois un arcano, y a mí no me extrañaría que si le preguntasen a alguna de las mujeres que han venido conmigo por qué lo han hecho que dijera: "Pues por lo guapo que es". El caso es que si hubiera conocido alguna técnica de seducción, esas 63 no se me hubieran escapado.

—Creo que los argentinos que pasaban por Madrid en los años sesenta volvían a Buenos Aires contando las grandes orgías que se celebraban en su casa.

—Ése fue un argentino que estuvo una noche en casa y regresó contando eso. No era verdad. Nada, nada. Precisamente todas aquellas noches eran una frustración para mí. Porque yo sí buscaba esas orgías. Siempre he tenido una tenden-

cia a la promiscuidad en esto de las relaciones táctiles y lo he conseguido en contadísimas ocasiones. Me parece muy bien y es muy sano que a ti te toque la chica de otro, y viceversa. Pero en 65 años de vida lo habré conseguido en tres ocasiones. Y la noche que estuvo este argentino no fue una de ellas.

—Pasaba muchas noches en los cabarés. ¿El cabaré era entonces lo más divertido?

—No eran noches divertidas: eran intensas. Significaban casi exclusivamente la búsqueda de la hembra, de la pareja. Y eran intensas en este sentido porque eran casi una cacería. Ir de sitio en sitio porque aquí está manganita y allí fulanita, y allí esas tres, y a ver si nos las llevamos a casa. Eran búsquedas intensas de la promiscuidad o de la pareja. Otros tal vez fueran al cabaré para escuchar a Las Marismas de El Salvador, pero yo no. Vivía en los cabarés y en las salas de fiesta 16 horas del día y la casa sólo la usaba para dormir. Mi convivencia tenía lugar fuera de casa. Y por eso me he preguntado alguna vez si hubiera sido una manera normal de vivir para una persona como yo hacerlo con un par de amigos y el problema sexual resolverlo fuera de casa. Pero siempre que me lo he planteado, mi respuesta ha sido negativa. Aunque mis relaciones con una señorita sean difíciles, duras, creo que soportar las manías de los amigos y que ellos soportaran las mías sería mucho más duro todavía.

—¿Las mujeres somos más pacientes?

—Porque la mujer, por eso que se comenta siempre, por siglos y siglos de educación, tiene más desarrollado un sentido, obviamente falso, de sumisión. Esta simulación que hace la mujer la mayoría de las veces de permanecer discretamente en el segundo lugar, muy cercano, cada vez más cercano, al primero, esto creo que ningún amigo lo soportaría, y yo, desde luego, tampoco estoy dispuesto a soportarlo.

Salimos al jardín y nos sentamos al sol de la adelantada primavera. Emma Cohen aparece por la puerta y nos invita a un vino blanco, frío. Es la compañera de este hombre paradójico desde hace un montón de años. Él sonríe cuando la ve acercarse, mientras le dice: "Mira, al fotógrafo le ha gustado mucho la cacatúa que me ha pinchado en el jersey y la ha sacado en las fotos". La verdad es que Fernán-Gómez había dicho un rato antes: "¿Podrías sacar esta cacatúa que me ha regalado Emma? A ella le gustan estas cosas, y me parece, vamos, si estás de acuerdo, que puede quedar gracioso". ■

**M**i madre y mi abuela se esforzaban por que me pareciera natural el hecho de no tener padre, y yo me esforzaba en que ellas no se dieran cuenta de que yo ya me daba cuenta de que aquello no era normal